

la milagrosa conservacion de su marido, y temo tambien por los ojos de Genoveva.

—¿Pues qué hay?—le pregunté alterado.  
—Atiende,—me contestó sentándose,—ocurre una novedad en la Inclusa, á donde voy á visitar todas las mañanas.

Es el caso, que la superiora, mujer virtuosísima y sumamente afecta á los desgraciados, me ha hecho subir despues de la visita para hablarme de la esposicion misteriosa de un niño, acaecida hará cosa de nueve años; de cuyo niño se propuso hacer perder las huellas, la administracion de justicia, bárbara y pagana en este punto, con el objeto de que la madre natural cuanto ilegítima, no las encontrase nunca; resultando ahora, que efectivamente, la familia del padre se afana en vano buscándole. Pero es el caso, que en todo esto se halla complicada, á lo que parece, una hermana de Genoveva, niña encantadora, célebre en el pueblo por su belleza y por su muerte precoz. Y hay tal empeño en descubrir el paradero de aquel niño perdido si existe, y reclamarlo en nombre del padre, jóven militar, muerto en la primera accion en que se halló, que con objeto de hacer averiguaciones solamente, está hospedada en la Inclusa en una habitacion particular, hace cinco semanas, una señora piadosa, anciana, forastera y tia del padre del espósito. Por su parte la superiora, que es amiga de la señora anciana, la ayuda de tal modo en sus pesquisas caritativas, que no omite la menor diligencia, ya recogiendo declaraciones de testigos, y ya tomando otros datos para saber el paradero del niño. Esta hermana de la caridad conoció á Genoveva cuando la epidemia desolaba el pais. Yo la he dicho que la criada del cura del Valneige estaba aquí, pasando los dias y las noches al lado de un montañes moribundo; y entonces ella, deseando recoger mas datos y otras noticias secretas que pueden ayudar á la señora forastera á hacer constar la existencia y la identidad del hijo de su sobrino, ha dispuesto venir las dos inmediatamente á examinar á Genoveva: con que informadla de la visita y de las intenciones que traen las que se la vienen á hacer. Para ella debe ser este un negocio de importancia,

puesto que se trata, por una parte, del honor de su hermana Pepita, y por otra de devolver un nombre á una familia, y una fortuna á un niño por quien Genoveva debe estar interesada.

—Sí,—dige á mi amigo,—está interesada efectivamente y mucho por ese niño, sobre todo, ahora que cree haberle vuelto á encontrar en el niño de Lucía, que veis allí en el patio jugando con mi perro de caza, y cuya figura y sensibilidad os ha sorprendido, viéndola ostentarse continuamente junto al lecho del pobre enfermo. Voy á informar á Genoveva de esta visita y á decirle que se prepare.

Sali en seguida.

## CLXIX.

Quando llegué al cuarto del enfermo, ya estaban en él la superiora, la forastera, Genoveva y Lucía, metidas en una conversacion animada, que denotaba por la alteracion de las facciones y por el acento de las palabras los diferentes sentimientos que tomaban parte en ella. Desde luego me propuse oír y callar, á no ser cuando Genoveva pedia mi auxilio con una mirada suplicante.

## CLXX.

—Pero hablemos francamente, señora,—decia Genoveva á la forastera, mujer de edad avanzada y cuyo traje revelaba una posicion distinguida,—¿quién ha podido informaros de las relaciones de vuestro sobrino con mi hermana, y daros noticia, nada menos que del nacimiento de un niño, fruto de su amor y de un matrimonio clandestino?

—Lo sé por dos testigos, señorita,—contestó la forastera con una tranquilidad extraordinaria y con una dignidad amable;—primeramente, por el sacerdote ligero y culpable, que, habiendo ejercido temerariamente su sagrado ministerio en una union ilegal y oculta, se arrepintió despues y lo confesó en la hora de la muerte á su obispo, rogándole á este que hiciese saber á nuestra familia lo

sucedido, y la probable existencia de algun fruto desheredado de aquel matrimonio; y en segundo lugar, lo sé por mi pobre sobrino, quien antes de la fatal accion en que sucumbió, habia tenido el presentimiento de sus peligros, y habia escrito un testamento que conservo aquí, dentro de mi cartera. Por si efectivamente moria, habia confiado el documento á un soldado de su compañía, hijo de uno de nuestros colonos, y cuya familia habita en la misma aldea que nosotros. Este soldado, que no sabe leer ni escribir, ha estado esperando que le diesen su licencia absoluta y el momento de regresar á su pueblo para entregarnos este papel, cuya importancia no conocia. En seguida nos apercibimos de todo. Vimos que por aquel testamento se otorga, á favor de Pepita y de su hijo, toda la parte de herencia que pudiera poseer mi sobrino á la hora de su muerte. Dicha parte no es muy considerable, porque si bien sus hermanos y hermanas han muerto luego, como que han dejado hijos, estos se han llevado lo que les corresponde, pero sea como quiera, yo me hubiera creído muy culpable ante Dios y ante mi conciencia, si no hubiese procurado por todos los medios entregar á la madre y al niño á quien esta fortuna estaba destinada, el millar de luises á que asciende. Ademas, yo tambien poseo algunos bienes, y como me seria sumamente grato verle reproducido en otro ser que me recuerde las facciones y me devuelva parte de su corazon, he creído que no debia omitir medio alguno, ni le omitiré seguramente, para proteger al huérfano contra la miseria y el abandono.

Al oír esto, Genoveva dirigió una mirada muy expresiva á la superiora, que parecia decirle: «Estad atenta á lo que va á suceder,» y levantándose de su asiento, cogió el niño de la mano, le colocó delante de las rodillas de la forastera, y sin decirle nada, procuró llamar su atencion como por casualidad, hácia aquel hermoso rostro, quedándose ella observando la fisonomía de la anciana.

Esta exploracion muda dió al punto su resultado. — ¿Qué niño es este, Dios mio? — exclamó la buena señora,

— ¿qué niño es este? ¡Creo ver en él la imágen de mi sobrino cuando tenia su edad!

— Es el mio, señora, — dijo Lucía vacilando, ruborizándose y palideciendo, como quien dice una mentira.

— ¡Oh! ¡sí! es el nuestro, — dijo el enfermo, pareciendo indicar con esta palabra, la primera que pronunciaba despues de su mal estado, y de la confesion de Lucía, de un modo indirecto, que perdonaba á su mujer y que adoptaba el niño.

— No, no mintais, Juan, ni balbuuceis Lucía, — repuso Genoveva; — es vuestro hijo por el amor, pero no teneis con él parentesco alguno.

Lucía por toda respuesta, se cubrió la cara con su delantal.

— Sí, soy tuyo, — murmuró el niño cogiendo el delantal de Lucía por una punta, y tirando de él para quitársele de la cara y volverle á poner sobre sus rodillas. — ¿Por qué te avergüenzas de mí delante de la gente? ¿Te he disgustado en algo hoy?

Lucía le dió un beso sin contestarle.

## CLXXI.

La superiora mandó entonces que subieran el médico, el escribano, el cura de Voiron, y el juez de paz, á quienes habia avisado para que presenciasen la declaracion que creia tener que reclamar de Genoveva, y haciéndoles sentarse á todos sobre las camas, y sentándose ella misma junto á la señora forastera, dirigió la palabra á la criada en estos términos!

## CLXXII.

— Mi querida Genoveva, en el cielo ninguno tiene de qué avergonzarse. Y como vuestra encantadora hermana está allí con los ángeles, á los que se parece extraordinariamente, sin que de esto me quede la menor duda, ha llegado el instante de decir libremente y como la siento, la verdad, con referencia á una falta que la muerte castigó con exceso, y con cuya humillacion vos qui-

sisteis cargar, para que quedase pura la memoria de vuestra hermana.

—Esta se unió, hace nueve años y algunos meses, mediante un matrimonio clandestino, al joven sargento, sobrino de esta señora.

—Es verdad, —dijo Genoveva.

—De aquella union resultó un hijo, y encontrándoos las dos hermanas en la imposibilidad de confesar y legitimar su nacimiento, le mandásteis depositar en la Inclusa, para que allí fuese criado, pero llevando siempre la segunda intencion de sacarle secretamente tan luego como pudiérais hacerlo, sin detrimento de la reputacion de Pepita.

La única contestacion de Genoveva, fué bajar la cabeza en señal de asentimiento.

—El comisario de policia siguió y apresó á la comadre que llevaba al niño. A este le quitaron las señales y el rizo de pelo de su madre, que colgaba de su cuello; porque la administracion de justicia, mas severa y mas cruel que la religion, nos habia dado órden de destruir estas señales, cuando recibiéramos los niños en el torno, y de confundirlos unos con otros todos aquellos pobres huérfanos, para intimidar á las madres culpables, quitándoles hasta la menor esperanza de volver á hallar nunca su fruto. Sensible es tener que decirlo, señores, pero esta es la verdad, —dijo encarándose con los magistrados y con el médico.

Cierto que la caridad de las mujeres ha desobedecido siempre en cuanto ha podido la ley; porque cuando la ley de los hombres es contraria á la ley de la naturaleza y de Dios, se haria una culpable si la obedeciese. Y así, en cuanto á mí puedo decir, que bajo mi responsabilidad me propuse no obedecer nunca aquella de quitar las señales á los niños.

—¡Oh, qué felicidad! —pronunció entre dientes Genoveva, frotándose las manos.

—Recibí del comisario, en secreto, el pelo y las otras prendas que habia quitado á la comadre, é inmediatamente las puse, va-

liéndome de un subterfugio piadoso, entre dos dobleces del envoltorio del pobre espósito, y cuando se le entregué á su primera nodriza la hice seña con los ojos y con el dedo, del sitio á donde habia cosido aquella partida de bautismo, invisible á los administradores, para que ella la descosiera despues, y la hiciese salir cuando llegase el caso, como un testigo irrecusable de la criatura.

No bien oyó esto Genoveva, se arrojó impetuosamente sobre los piés de la cama del enfermo, en donde Lucía y el niño permanecian azorados, y desabrochando con sus manos ligeras como el pensamiento, el chaleco y la camisa del muchacho, que lloraba y se resistia contra aquella violencia hija del cariño, le arrebató la caja de estaño, el papel y el rizo de pelo rubio de Pepita.

—¿Es esto, señora? ¡oh, por favor! decid, decid; ¿es esto? —esclamó, estendiendo la trenza sobre las rodillas y á la vista de la superiora.

—Esto mismo, hija mia, —dijo solemnemente la religiosa.

—¡Bendito sea Dios, querida amiga! —añadió luego tomando otra vez el rizo de pelo de manos de Genoveva, y entregándosele á la forastera; —tomad, desde hoy os pertenece; es vuestro título de propiedad de este huérfano.

Entonces, Genoveva se quedó con los brazos caidos y las manos vacias, consternada de haber trabajado para otra, sin saberlo, y de ver que perdía la posesion del niño, cuando creia cabalmente que le habia adquirido para siempre.

Lucía estaba pálida é inmóvil como el mármol de una Niove salvaje.

Juan se tapaba la cara con la colcha.

CLXXIII.

—¡Luego es decir, que pensais arrebatarme mi niño! —dijo por fin la desgraciada Lucía, recobrando la palabra y estrechando á Joaquin contra sus rodillas. Este, entre tanto, lanzaba una mirada á la superiora, á Genoveva, á la forastera, y á los demas pre-

sentés, manifestando la cólera y el espanto que todos le causaban. — Bien lo veis que no es vuestro, — dijo severamente el juez de paz. — ¡No es el mio! — exclamó Lucía saltando de su asiento como impulsada por un resorte mecánico, y alzando al niño en sus brazos, á la manera que si tomase á Dios por testigo de la violencia que aquel raptó iba á hacer á los derechos reconocidos por su corazón; — ¡no es este mio! ¡pues que me vuelvan el que lo era y perdí por amor de este! ¡la leche con que le he alimentado, las lágrimas de mis ojos con que le he bañado en sus enfermedades; la sangre de mi corazón que se ha trasladado al suyo! Y, sobre todo, ¡arrancadle á él mismo su corazón del pecho, para que retirándole de mí, si puede, se lo entregue á esta ó aquella! — añadió con aire y en tono de desprecio, lanzando una mirada casi feroz sobre Genoveva y sobre la forastera á un tiempo.

— Sí, — continuó entonces Joaquín, enseñando los puños y repitiendo las palabras de su madre: — venid á quitarme el corazón, que es de Lucía y de Juan, para que se lo lleven esas. No, no, no, ni tú tampoco, Genoveva, por mas que seas buena y hayas curado á mi padre.

Esto hizo una profunda sensación en el alma de la criada, sorprendió y desconcertó á la señora anciana, y hasta la superiora se quedó sin saber qué decir ni qué hacer. Los hombres y la religiosa se miraron asombrados los unos á los otros, y como queriéndose decir: «Habíamos echado la cuenta sin la naturaleza.»

## CLXXIV.

— Sin embargo, amigos míos, — dijo entonces la anciana, — no haceis bien en obstinaros de ese modo en negar á la familia y á la tía del padre natural de este niño, lo que les corresponde segun la sociedad y segun la ley.

— Y segun la naturaleza, tambien, — añadió Genoveva, sin pensar en nadie sino en sí misma.

— No, — añadió la superiora, — no teneis razon para proceder

de esa manera. Yo en conciencia no puedo menos de declarar contra vosotros. El niño no es de nadie mas que del sargento, que le reconoció por hijo en su disposicion testamentaria, y de la hermana de Genoveva; por consiguiente ahora pertenece á esta última, puesto que tiene su sangre, y además, ¡le ha costado tantos años de oprobio no merecido, y de trabajos el tal huérfano!

Genoveva, correspondió con una mirada de gratitud llena de esperanza, á esta manifestacion de la superiora. — El niño pertenece á los parientes del padre, — dijo el juez de paz. — Lo único que tenéis que hacer, es reclamarle, señora; basta que presentéis en Grenoble el testamento de vuestro sobrino, y la declaracion de la señora superiora, para que la justicia os entregue sin la menor dilacion el huérfano.

— ¡Y es justo eso! — dijo Lucía, echando á correr hácia la puerta, y dando muestras de que queria coger y ocultar el niño.

Entonces la detuvieron.

— No ha sido mi objeto al emprender un viaje tan largo, reparar un mal causandó otro, — dijo con sentimiento la anciana. — No me valdré, ciertamente, de la mano de la justicia para arrancar el fruto injertado del árbol con que se identificó hace ya ocho años; ni destrozaré tres ó cuatro corazones, solo por consolar y curar el mio.

— ¿Y qué hacemos? — preguntó la superiora.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Genoveva.

— ¿Qué hacemos? — preguntó la anciana.

— Lo que reclama la ley! — dijo el juez.

— Lo que reclama la naturaleza! — repuse yo entonces conmovido.

Al oirme, Lucía se echó á mis piés, y me puso el niño en los brazos, como si yo hubiese sido una mano que se alarga desde la orilla, ó una madre que tiende la mano á un hijo para salvarlo de un torrente desbordado.

Le puse en el suelo, delante de Genoveva, que se bajó á besarle, y dije á la anciana:

— Es cierto, señora, que la ley os le entrega á vos, así como la naturaleza á Genoveva, y el cariño á Lucía. Mas, y el niño ¿á quién se entrega?

— ¡A mi madre, á mi madre Lucía! — gritó el niño, forcejeando por escaparse de mis manos, y tendiendo las suyas á la payesa.

Genoveva enjugó sus ojos con la punta de su delantal, y dijo en voz baja y sollozando á Lucía:

— Con la ayuda de Dios he salvado á vuestro marido; no quiero ahora quitaros á vuestro hijo; quedaos con él.

— Por mi parte, — dijo gravemente la anciana, — también me resigno á verme privada de este consuelo de mi vejez, con tal de no quitar á este niño tan excelente madre. Os le cedo como Genoveva. Lo que Dios ha hecho, está bien hecho; y no seré yo, seguramente, quien se vaya á oponer á lo que ha dispuesto en sus altos juicios.

— ¡Oh bondad divina! — exclamó Lucía, postrándose ante la superiora y su amiga con el niño; — si me hubierais dejado sin él, me habría muerto! Y ¿qué hubiera hecho Juan, — añadió mirando á su marido, — el día que le hubiese faltado su aprendiz?

— ¿Pues y yo? — añadió Genoveva; — me habrais tenido que llevar con él, porque ahora ya me es tan imposible separarme de su lado, como de la idea de mi pobre hermana.

En seguida dijo á Lucía:

— Por esto mismo os suplico ahora, que me lleveis á Gros-Soyer en vuestra compañía; ¿lo hareis así? Mirad, soy de poco comer, se me mantiene con una friolera; además, ganaré mi pan sirviéndoos, y por todo salario os pediré ver al niño, y que me dejéis enseñarle á leer y á rezar, á nombre de su primera madre, de su segunda, y de vos, señora, — añadió dirigiéndose á la forastera, y tomándola cariñosamente la mano que besó con efusión.

— No, no necesitareis salario, querida, — contestó la anciana á Genoveva; — yo me encargo de pagárosle.

Luego, dirigiéndose al notario y al juez de paz, les dijo:

— Tomad esta cartera, que contiene los veinte y cuatro mil francos que mi sobrino ordenó se entregasen á su hijo, si yo lograba alguna vez averiguar su paradero. Quiero que el usufructo se destine para Lucía y su marido, á condicion de que tengan en su compañía, alimenten y cuiden de Genoveva hasta su muerte; dejando la propiedad para el niño, luego que no existan sus padres putativos. Con esta suma comprareis una posesion en Gros-Soyer, que esté inmediata á la casa de esta pobre familia. Juan dejará su oficio y se pondrá á labrador; así tendrá una vida mas descansada y pertenecerá á una clase mas respetable.

— ¡Dios mio! ¡qué dicha! — exclamó Lucía frotándose las dos manos. — ¡Con esto no me dejarás nunca, Juan, amigo mio, para andar por esos caminos! ¡Ah! ¡qué largos me parecian los inviernos cuando me quedaba sola en nuestra casa sobre la montaña! En cambio ahora los cuatro estaremos juntos, y compraremos la cabaña, el prado, y los castaños de la tia Merodeo.

— ¿Y el peral? — dijo Genoveva riendo.

— ¡Oh! ¡es verdad! — respondió Lucía, — se me olvidaba; le dí por este niño y ahora él me le devuelve con el patio, la casa, y el campo que cobijaban sus ramas.

— Estas son cosas de Dios, — repuso Genoveva; — os quita una pera y luego os da un jardin. ¡Ah! ¿me enseñareis el árbol, Lucía? Vereis cómo voy á sentarme por el verano á su pié, y á hilar allí y guardar vuestros animales; así pensaré en Pepita.

El éxito mas cabal correspondió á todos aquellos proyectos. Juan se restableció completamente de su enfermedad, Genoveva abandonó el hospital de Valneige, reemplazándola en sus buenos oficios una hermana hospitalaria; y finalmente, la pobre criada siguió á Lucía, á su marido y al niño á la montaña, en donde hila aun al pié del peral, y en cuyo sitio la veo todos los años que el deseo de cazar me lleva á las montañas.

FIN.